

La novela nos ofrece una serie de elementos aparentemente dispersos, centrífugos e inconciliables. En ocasiones estamos ante un delirante realismo con una interpretación minuciosa de lo cotidiano que produce una inconsciente sensación de desasosiego. En otros casos, la novela busca el diálogo directo del autor con el lector, el primero confiesa cómo ha perseguido a su personaje, cómo ha organizado el asedio a este fantasma irreal que se le escapa a lo largo de medio millar de páginas. En otras ocasiones, la novela se vierte por los caminos de un capricho y un esperpento entre Goya y Valle-Inclán. Otras veces nos vemos ante una novela de corte colectivista en la que los personajes se convierten en símbolos del grupo que los acoge y los encuadra y del que ellos constituyen simples elementos de integración como un escudo o una bandera.

No falta en la novela el diálogo deliberadamente suprarreal que viene a confundir de manera desorbitada los factores de la existencia y los elementos de la fantasía. Pero también existe a lo largo de la obra una constante poética, la poesía actúa en la novela de Fernando del Paso como un centro unificador de referencias, que prácticamente integra y armoniza las fórmulas diversas y aparentemente irreconciliables.

El autor no vacila en incorporar a su narración una serie de retazos populares y vivos. Al mismo tiempo que experimenta un notable escepticismo en torno a la historia oficial de su patria, no vacila en expresar un enorme interés por la pequeña historia, por la historia del hombre, con sus esperanzas, su frustraciones y sus sentimientos. En esta fórmula narrativa, siguiendo el intento de colocar siquiera sea convencionalmente a sus personajes en el fluir del tiempo, es en donde el estilo de Fernando del Paso produce sus mejores muestras, prodigando unos retazos populares y vivos que parecen arrancados de la propia existencia.

*Novela de un conflicto.*—Del Paso realiza brillantemente desde tres formas distintas la interpretación crítica de la historia de Méjico; estas tres fórmulas son la letanía, la evocación y el conflicto social.

El nombre de «letanía», convencionalmente aplicado a la primera de las fórmulas es el que aparentemente parece más apropiado para distinguir una valiente fórmula literaria que ya incorporara Carlos Fuentes en las páginas finales de esa novela excepcional que se llama *La región más transparente*; los rótulos que emplea Del Paso son de «elegía» o «cantaleta», «ringlera», «doa», «chansoneta». En él pasa revista no ya a la experiencia histórica del mejicano sino a la metafísica del mejicano mismo, insistiendo una y otra vez sobre la reali-

dad contingente y propia del enclave ferroviario que es marco y en cierto modo continente de la acción.

Al coincidir ya cuando menos cuatro autores mejicanos—Fuentes, Arreola, Mojarro y Del Paso—en esta fórmula narrativa, se evidencia que la repetición del vocablo histórico, de los nombres y títulos consagrados por la retórica oficial, tienen para el escritor moderno una función purificadora, todos estos hombres, que en la mayoría de los casos tienen menos de cuarenta años de edad, han asumido el peso y la responsabilidad de construir literaria y narrativamente el futuro de su país sin desechar totalmente los materiales del pasado pero sí revisándolos, desposeyéndolos de todo tipo de ganga retórica, de todo valor sobrentendido y, sobre todo, de todo elemento que dificulte la comprensión del presente. De aquí la utilización de esta fórmula narrativa literariamente brillante, impecable ejercicio de estilo y al que los escritores reconocen una función de catarsis.

En la evocación del pasado histórico, Del Paso está más cerca de la obra de su compatriota Juan Rulfo que de cualquier otro novelista de la época. La fuerza histórica para él no es el heroísmo sino la necesidad, hay un intento de volver a ver el proceso histórico—en este caso la revolución cristera—, en su más puro sentido vivencial de dolor y de muerte. No como una hazaña, sino como una circunstancia. En este sentido, el factor heroico en Fernando del Paso está confiado a una dimensión íntima e inmediata de la realidad narrativa, son hombres que viven y sufren, que temen que se debaten entre miedo y esperanza y no títeres reelaborados por una leyenda convencional vacía e insincera.

Pero lo realmente importante de este tratamiento histórico de la realidad nacional está en el análisis vigoroso y desapasionado del conflicto social, la dura lucha de los sindicalistas en pro de unas reivindicaciones y de una mejora en sus condiciones de vida y trabajo. En este aspecto, las relaciones entre el dirigente y los militantes, la obstaculización policiaca a la lucha social, y las contradicciones en que se mueven los militantes sindicalistas están descritos en ocasiones con una brillantez y una técnica que convoca cualquier tipo de admiración.

*Novela de un personaje.*—Como el propio título indica, un hombre llamado José Trigo, es el protagonista de la novela de Fernando del Paso, pero el crítico no tiene más remedio que preguntarse qué valor tiene esta función protagónica en el contexto general de la narración y, entonces, se evidencia que nos encontramos ante la gran aportación de esta novela, pues desde *José Trigo* es indudable que hay que realizar una revisión del concepto de personaje.

El hombre José Trigo, tiene un valor fundamentalmente simbólico, el afán del autor por encontrarlo nos lo revela desde las primeras páginas, José Trigo no es sino un símbolo rico y vivo, el mensajero del pueblo. El autor que lo busca va en realidad al encuentro del pueblo, intenta identificarse con su personaje esquivo y huido al que el dolor y la miseria le han rodeado de un entorno de misterio que lo hace prácticamente inaccesible.

Poco es lo que el autor consigue saber de su personaje; conoce que éste llega un día cualquiera en un tren cualquiera, que va hambriento, mal vestido y descalzo, huido de un peligro o quizá escapando de sí mismo; sabe también que José Trigo se pone a vivir con una mujer a la que acaba de abandonar su hombre, esta mujer tiene un niño de corta edad y espera otro, el niño muere y José Trigo se contrata como recadero de ataúdes, extraño portador de los recipientes de la muerte, a cambio de que el empresario de pompas fúnebres le regale un ataúd para el pequeño. Y esto es lo que todos conocen y recuerdan sobre José Trigo. Un hombre cargando el ataúd blanco de un niño y seguido por una mujer en avanzado estado de gestación. La imagen triste y miserable del escueto cortejo ha quedado grabada en la sensibilidad de los que lo vieron, queda fuerte, profundamente inscrita en la memoria del lector.

La referencia al entierro, como un recuerdo y un retorno a la realidad del sufrimiento, al dolor que es quizá lo único real, lo más permanente en el paso fugaz de elementos episódicos, se repite una y otra vez con auténtica categoría de «ritornello». A cada momento, la acción se interrumpe, se nos recuerda que estamos en la proximidad del puente de Nonoalco, se incide en ofrecernos el espectáculo del entierro que pasa. Casi se nos invita a sumarnos a él.

José Trigo, la figura casi irreal sirve de catalizador y de piedra de toque para definirnos la realidad de los otros. Los restantes personajes viven y suceden para transmitirnos la existencia, el suceso y el sufrimiento del símbolo; todos tomamos rápidamente conciencia de que José Trigo es el pueblo, y también los ocasionales y parciales narradores a los que el autor se dirige toman conciencia de su importancia, de que el paso del hombre por el enclave ferroviario, su existencia precaria en un vagón abandonado fue algo importante y quizá aleccionador, algo que han olvidado, un largo proceso del que apenas pueden reconstruir la imagen ocasional del hombre cargando el ataúd.

Y aquí está el factor más interesante de la obra de Fernando del Paso, desde la primera página utilizando para preguntar y para contarnos cómo preguntó un idioma tradicional unas veces, moderno otras, popular hasta lo populachero, el autor busca una y otra vez a su per-

sonaje perdido entre el vaivén y el paso de los trenes, que altera las evidencias y mata los recuerdos y, al final, cuando se han cumplido todas las singladuras se han apuntado miles de caminos e incluso se ha logrado seguir algunos, el autor nos confiesa:

«Porque todo esto, y esto es un decir, fue la mañana, la tarde, la noche, en que soñé o creí soñar que buscaba a José Trigo por cielo y por tierra: bajo todos los cielos habidos, sobre todas las tierras por haber. Y no vi nada ni a nadie.

*Nada bajo el cielo.  
Y sobre la tierra,  
nadie.»*

Esta es la conclusión inevitable de la novela, Del Paso ha querido que el protagonista de su novela fuera el pueblo, para condolerse con él o quizá para mejorar su propio dolor. El autor ha ido al encuentro del pueblo, ha preguntado por él, lo ha reconstruido en el espacio y el tiempo estableciendo desde un fantasma vagas y estériles precisiones de certidumbre y, al final, le ha quedado la conciencia de un no encuentro, no ha existido José Trigo, nadie le ha visto, nadie sabe de él. Apenas se le recuerda, y es evidente que el autor, el intelectual consciente de su pueblo que buscaba apasionadamente a su personaje, vuelve a nosotros en el final del libro con las manos vacías. Sólo rico en un repertorio de experiencias que muchas veces ha rozado la frontera de la desesperación.

*Y una nota para terminar.*—Gran novela ésta que nos ofrece como primer obsequio la serie «La creación literaria» de los editores «Siglo XXI». Novela que marca un elemento más en el edificio sólido e irreprochablemente bien hecho de las modernas letras mejicanas. En lo que la narración de Fernando del Paso tiene de amorosa dedicación, de perseverado objetivo, su aparición representa para los lectores de lengua española un motivo de alegría y un origen de atención.—RAÚL CHÁVARRI.

## SOBRE EL ETERNO RETORNO

Cuando atendemos, sorprende que existamos ahora y aquí. Remontamos, con la memoria e imaginación, un pasado que transcurrió sin nuestra presencia; y avizoramos un porvenir del cual estaremos ausentes. Somos, de hecho, fugaz aparición entre siglos interminables que